

# NUESTRA SANIDAD

Edicula por los servicios sanitarios del frente.

AÑO I

PUBLICACION QUINCENAL

Madrid, 1 de marzo de 1937

NUM. 2

## La Sanidad en la retaguardia

Quien visita un hospital de frente, por ejemplo alguno de los muchos rápidamente creados en teatros de operaciones cerca de Madrid, y ha visitado o conoce el funcionamiento de hospitales de la retaguardia, encuentra desde el primer momento un profundo contraste. En los hospitales cercanos a las líneas de fuego existe una actividad inusitada, los heridos son rápidamente tratados, clasificados y operados. Se retiene a los operados graves, se evacua a los hospitales de retaguardia inmediatamente a los que su curación exige gran número de días, y se hace una fuerte labor en favor de la reintegración rápida de los heridos leves. La mayor parte de las veces estos mismos heridos piden su reincorporación al frente de lucha.

El ambiente de un hospital de primera línea es un perfecto ambiente de guerra. Médicos, sanitarios y heridos sólo piensan en dejar lo más pronto posible las camas libres para cubrir nuevas necesidades, y sólo se piensa en reintegrar a los combatientes con la mayor celeridad a los efectivos de que proceden.

Los hospitales de retaguardia carecen casi por completo de este espíritu de guerra. La placidez de las ciudades que aún no han visto la guerra, los menús variados, la tranquilidad del ambiente, parece enervar a unos y a otros. Los médicos que reciben ya a los heridos en pleno tratamiento y operados, tienen una misión bien limitada, y la única concreta en que deben pensar, cual es la de acelerar en todo lo posible la curación, con el doble objeto de poder devolver a las Brigadas a los camaradas heridos y tener al mismo tiempo las camas dispuestas para otros heridos que se necesite evacuar de los hospitales de los frentes, la olvidan con frecuencia. Los heridos sacados del ambiente de lucha olvidan poco a poco en muchos casos la gravedad de la guerra que hoy asuela nuestra patria y se entregan a un descanso demasiado prolongado, pero que, sin duda, deja de mantener como debiera enhiesto su espíritu para la lucha. Nosotros sabemos el efecto deplorable que sobre la moral de combatiente tienen las grandes temporadas de reposo lejos de los frentes, aun para los sanos, y con más razón para los enfermos y heridos.

Consideramos, por tanto, imprescindible que por quien proceda se tomen urgentes medidas acerca de llevar la intención que tienen estas líneas a los hospitales de retaguardia. Es imprescindible que se vigile intensamente a los médicos. Es imprescindible que se vigile la curación de las heridas, no prolongando estancias unas veces involuntariamente y otras veces cediendo más o menos a la influencia de parientes y amigos que desean retener a su lado a quien su deber debe llevarle a los frentes de guerra. Es imprescindible también que se vigile esta forma de emboscamiento de muchos milicianos levemente heridos, que si hubieran permanecido en hospitales del frente se hubieran reincorporado a sus unidades en breve plazo, y que en la retaguardia tardan en curar, tanto más cuanto que los hospitales donde evacuaron se hallan más lejos de las líneas de fuego. Es urgentísimo vigilar el funcionamiento de estos hospitales, que no solamente cuestan al Estado sumas enormes de dinero, sino que constituyen centros de emboscamiento y focos en que se deprime la moral de combatiente. Hay que llevar a los hospitales de retaguardia el mismo espíritu de funcionamiento, el mismo espíritu de colaboración con los frentes, que sostiene, pese a su abrumador trabajo, pese a su labor agotadora, a los hospitales de primera línea. Hay que poner en todos los hospitales de Levante, como nota bien visible, consignas repetidas que lleven al ánimo de los médicos, sanitarios y heridos, la necesidad de curar bien y curar pronto, para volver adonde el deber los reclama, junto a sus hermanos de lucha. Todo cuanto retarde este regreso de los combatientes a los frentes es una maniobra facciosa que sólo ayuda al enemigo.

## LA FE DE VIDA

Estamos franca y verdaderamente agradecidos a la acogida cariñosa, rayana en el entusiasmo, que han dispensado a NUESTRA SANIDAD los camaradas que luchan en vanguardia y retaguardia contra el fascismo.

La edición se ha agotado rápidamente, y en vista de ello estamos dispuestos a trabajar y a mejorar con la rapidez que nos sea posible las circunstancias técnicas de redacción y confección.

Solamente dos colegas han dado cuenta en sus páginas de nuestra aparición. Posiblemente la falta de espacio ha ocasionado el silencio absoluto de los otros. Vamos a reproducir con gran satisfacción las líneas que nos dedica «Ejército Popular» en su número y la carta recibida del camarada director de «La Voz del Combatiente»:



## Nuestros héroes

De entre la balumba innumerable de los caídos en torno a la estatua de la Libertad, debemos destacar a nuestros camaradas los médicos que realizan su función humanitaria sin temor alguno dentro de una atmósfera de balas y metralla.

Del mismo modo que hemos hablado ya de los sanitarios de retaguardia, en que un comedimiento exagerado hace permanecer muy lejos de las líneas de fuego y de los lugares en que se ventila hora tras hora el porvenir magnífico de nuestra patria, es preciso también reconocer cómo se va agrandando poco a poco la lista de honor de los heridos y los muertos que ejercen en puestos avanzados alguna orientación del trabajo sanitario.

Inauguramos aquí, aunque más modestamente de lo que quisiéramos, un sitio de honor para los héroes de la Sanidad. En él irán apareciendo los merecedores de igual posición que hasta el momento actual han permanecido en silencio, callados y confusos, sin formar parte de aquella lista que debe ser conocida y admirada por los luchadores del Ideal.

Antonio Moya Gastón, médico excelente y en plena juventud, acaba de ofrendar su vida a la causa. Actuando en un puesto de socorro cercano a la capital, ha conseguido la iniciación de la lista heroica. En esa clínica permaneció curando incesante las lesiones que le iban presentando las ambulancias. Poco a poco se iba estrechando el cerco y las oalas y los obuses caían e irrumpían con más fuerza en las cercanías del puesto. La gravedad del peligro advertía a todos. La retirada de los hombres que regentaban la clínica de urgencia se imponía, y comprendiéndolo así fueron marchando hacia caminos más seguros con la mayor parte del material sanitario.

Moya, por el contrario, no lo creyó así oportuno. Siguió impertérrito trabajando como cirujano, sin conmovirse y orgulloso de cumplir su deber. Hasta que un proyectil segó aquella vida joven y prometidora.

Sobre su cadáver, Sanidad Militar ha colocado las insignias de capitán.

La 1.ª Brigada Móvil de choque «El Campesino» ha donado la suma de QUINCE MIL PESETAS para la suscripción de material destinado a las ambulancias.

## LA CURA INDIVIDUAL

Con la creación de los paquetes de cura individual creyó la Sanidad Militar de casi todos los países facilitar al miliciano los medios indispensables para practicar la primera cura, bien de sí mismo, bien de un camarada herido. La cura individual contiene, como todos saben, una compresa de gasa, un poco de algodón y una venda.

Condición indispensable de la cura individual es que su preparación sea de tal índole que conserve su carácter aséptico durante largo tiempo. Para ello se le envuelve en tela impermeabilizada, una vez esterilizada en sus centros de origen.

Las esperanzas puestas en estas curas individuales pueden considerarse hoy completamente fallidas. Prescindiendo de que con mucha frecuencia su defectuosa preparación hace más que dudosa la esterilidad del paquete, es un hecho indudable que puede aceptarse de una manera absoluta que esta esterilidad la pierde en el momento de su utilización.

Entregar una cura individual a un miliciano significa automáticamente darle el derecho a tocar el paquete de cura, una vez abierto, para colocarlo sobre la herida reciente, y todos sabemos en qué estado de limpieza se encuentran las manos de los milicianos en el frente. Aquí está el primer error que consideramos presenta la aplicación de la cura individual: Las manos sucias del miliciano al deshacer el paquete y tocar sin ninguna precaución la cura individual, invalida por completo la esterilidad que debe tener, y no sirve sino para llevar, con la suciedad de sus propias manos, gérmenes de infección a la herida.

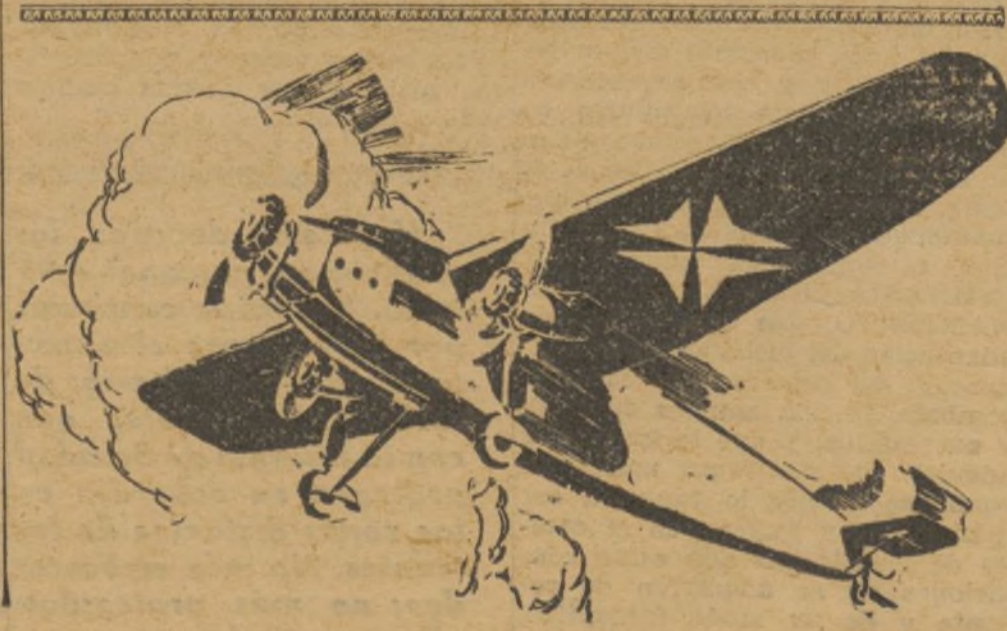
Por otra parte, los paquetes de cura individual han de ser necesariamente pequeños. Aun bien fabricados, el modelo aceptado por el antiguo Ejército escasamente sirve para vendar una pequeña herida de miembro, y precisamente estas heridas rara vez exigen un vendaje rápido, y menos aún tan rápido que justifique que unas manos sucias toquen la herida. Lejos de ser una ventaja, es un evidente peligro. Reducida, por tanto, la aplicación de los paquetes de cura a las heridas pe-

queñas, su aplicación es francamente perniciosa y, en cambio, resulta imposible su aplicación para las heridas grandes que por su naturaleza pudieran exigir un vendaje inmediato.

Un tercer inconveniente, y éste de tipo económico, tienen las curas individuales. El porcentaje de utilización de estos paquetes, por su limitada aplicación, como acabamos de decir, hace que el número de paquetes que se utilizan entre los que se reparten, resulta de una proporción mínima. La mayoría de las veces, cuando el miliciano es herido, el paquete hace ya mucho tiempo que fué utilizado para menesteres los más variados: unas veces para limpiar el fusil, otras para colar el café, otras, en fin, para amarrar cualquier paquete. Tenemos la evidencia de que si se calcula el precio a que vendría a resultar cada paquete aplicado correctamente, su precio resultaría algún centenar de veces mayor que el de su coste unitario.

En una reciente visita de la Delegación de médicos militares de la Sociedad de Naciones a los frentes de Madrid, pudimos comprobar que este criterio también era compartido por los colegas de otros países europeos, hasta el punto de que muchos de ellos habían acordado su abolición.

Creemos, por tanto, que estas razones deben justificar suficientemente la abolición rápida de los paquetes de cura individual. A ellos se debe muchas veces la infección de las heridas, y estamos seguros de que empleadas las cantidades de dinero fabulosas que se han venido empleando en la compra de paquetes de cura individual, en adquirir abundantes bolsas de socorro bien surtidas para uso de sanitarios, practicantes y médicos, el empleo de dicho dinero hubiera sido más práctico y eficaz. En la actualidad, un criterio elemental de ahorro, no de ahorro inconsciente, sino de economía bien meditada, nos lleva por todos los medios a recomendar la no utilización de estos paquetes de cura individual, cuyo contenido, bien aprovechado, puede constituir una gran reserva de material sanitario.



# Movilización y militarización sanitaria forzosa

Teniendo en cuenta la necesidad ineludible que existe en todos los Ejércitos modernos, al igual que en las otras distintas actividades de la vida, de una medida y adecuada especialización de cada técnica guerrera, ninguna quizá más obligada ante este aspecto que la que se refiere al problema sanitario.

En efecto, si alguna de las otras técnicas puede casi improvisarse, aunque no funcionando con absoluta perfección, y prueba de ello es el largo plazo de tiempo que para su formación ha requerido el Ejército popular, la que se ocupa de la asistencia, traslado y avituallamiento en viveres y material de los heridos requiere un largo plazo de tiempo para que dé resultados positivos.

Si a esta circunstancia se añade la precisión que es imprescindible para que el resultado de los servicios sanitarios no sea baldío y estéril, o por lo menos ahorre una gran cantidad de víctimas que, cuando no funcionan bien, sucumben antes de que hayan logrado alcanzar los beneficios de la Sanidad.

Por todo ello, inmediatamente que un Gobierno se encuentre ante una guerra deberá recurrir a organizar los servicios sanitarios de un modo impecable, utilizando los elementos previamente preparados para ello, que son no solamente los que ya de antiguo se dedican a la Sanidad militar, sino los que en los diversos puestos de dirección o de colaboración técnica sean capaces de llevar a cabo una labor fructífera y brillante.

Es preciso tener en cuenta que no son solamente los hospitales militares los que atienden los problemas sanitarios planteados, sino otras organizaciones de tipo diverso y que cumplen cometidos distintos en orden a la Sanidad militar. Los cirujanos y médicos son, efectivamente, los elementos más imprescindibles; mas a ellos es necesario agregar los técnicos de la Farmacia, los de Parques sanitarios, administrativos y de transportes, siquiera vayamos enunciándolos en orden a su importancia y especialización.

Como en general en tiempos ordinarios no suelen ser muchos los que a tales ocupaciones se dediquen, en el momento de comenzar la campaña debe disponerse la movilización y militarización forzosa de todos los individuos de que en el orden sanitario se pueda disponer.

De este modo se logrará prontamente el estudio y la resolución de los problemas sanitarios que se vayan planteando, no sólo en el orden que pudiéramos llamar normal en lo que se refiere a asistencia y curación de los heridos, sino también a los que anormalmente se presentan cuando es preciso actuar sobre epidemias diversas de enfermedades infecciosas o parasitarias.

Quedamos, pues, en la necesidad de una movilización y militarización rápida de los elementos sanitarios para que se resuelvan prontamente las inaplazables cuestiones de Sanidad de guerra.



—¡Yo no soy ningún chico; no creo esos cuentos! Si fuera verdad, ¡todos muertos!

Así se expresaba un camarada, después de oír al médico del batallón en la charla que nos dió sobre el mal venéreo, sus peligros y forma de evitarlos.

Cuando escuché las imprudentes palabras dichas por aquel camarada, pensé en las muchas bajas producidas por mal venéreo, por no seguir los consejos del médico, considerando como una deserción y una cobardía el tener que abandonar a los camaradas en su lucha para ir a un hospital. Muchos creen que padecer estas enfermedades da patente de hombría, y llegan a burlarse de los camaradas que por su higiene y cuidados no las han padecido.

Yo rogaría a los camaradas médicos mayor difusión de estos peligros, para lograr pensamientos de responsabilidad a los combatientes, que en esto, como en otras cosas, se guían sólo por falsos prejuicios.

Aunque tantas veces se ha hablado y escrito en todos los tonos sobre el peligro de las enfermedades venéreas, nunca estará de más la insistencia sobre lo que puede evitarse en absoluto casi, y perdura, aunque en proporciones afortunadamente más bajas cada vez.

El hecho de la posibilidad de evitar el contagio de las enfermedades venéreas ha llegado, sin duda, al conocimiento del pueblo en las grandes ciudades y centros industriales; pero no ocurre lo mismo con los habitantes de las pequeñas ciudades y campesinos, que en sus aldeas, al regresar de las labores agrícolas, tienen tan sólo una referencia inexacta y picaresca de las enfermedades venéreas a través del relato de un recién llegado del servicio militar en la capital.

Con esto queremos hacer constar que las conferencias y las instrucciones para precaver este peligro nunca estarán bastante repetidas, hasta llegar a forjar una atmósfera exacta de repugnancia y de desprecio hacia esos males.

Porque habla bien nuestro camarada combatiente cuando se refiere a la patente de virilidad que se concede por los ignorantes e inexpertos a quienes han padecido blenorragia o sífilis. Se les admira y se les considera como documentados en lides amorosas y como herederos de Don Juan.

En cambio, debe presentarse el aspecto de un futuro, quizá próximo, en que, aún jóvenes, queden invalidados para siempre o en que, llegando a constituir un hogar, sea aquí un rincón de dolor y sufrimiento, acuciado por la esterilidad o por la muerte prematura de los hijos cuando llegan a plasmarse. El estigma de la sífilis, por ejemplo, se conduce a través de varias generaciones, produciendo sujetos ineptos por idiotismo o responsabilizados por criminalidad.

Insistamos, pues, con esos cartelones de propaganda, que tanto como al peligro fascista, hay que temer el contagio del mal venéreo, que diezma luchadores y debilita generaciones.

# La evacuación en Sanidad Militar

La misión fundamental de la Sanidad Militar en periodo de guerra es la de recoger del frente de combate a los soldados que tuvieron la desgracia y el honor de caer heridos, para proceder a su tratamiento y que, una vez curados, puedan reintegrarse con nuevos bríos a la lucha antifascista.

Recoger al herido y trasladarlo al puesto de socorro, donde ha de realizarse la primera cura, y de aquí al hospital de sangre, es la primera función de la Sanidad Militar que realizan heroicamente los camilleros, practicantes y médicos del Servicio sanitario de brigadas y batallones.

La segunda etapa del tratamiento de los heridos se realiza en el hospital de sangre, donde, disponiendo de todos los medios, tanto quirúrgicos como auxiliares (laboratorio y rayos X), se hace el tratamiento que pudiéramos llamar fundamental de estos heridos. Pero he aquí que con frecuencia, desde el momento de la intervención quirúrgica hasta la total curación del herido, pasa un periodo de tiempo excesivamente largo. Durante los primeros días requiere la estrecha vigilancia del cirujano operador y de los especialistas que han intervenido en la operación; pero después sucede con frecuencia que el herido no requiere tratamiento especial alguno y sólo es la acción del tiempo el factor indispensable para su total restablecimiento. Para que esto sea más comprensible vamos a poner un ejemplo: el caso de una fractura de pierna. Ingresó el herido en el hospital, se le trasladó a la sala de operaciones, y allí, generalmente bajo anestesia, se procedió a la reducción de la fractura y a la aplicación de un vendaje que le inmovilizó el miembro. Pasados tres o cuatro días, si no se presentaban complicaciones que requirieran un tratamiento especial, este herido deberá guardar reposo durante un periodo aproximado de cuarenta días. Como estos casos se repiten en el mismo hospital con otros heridos, sucede que la mayoría de las camas del mismo se encuentran amortizadas, sin prestar utilidad ninguna para los nuevos heridos que caen en el frente. Sería necesario disponer de un gran número de hospitales cerca del frente de combate para subvenir a todas las necesidades de asistencia debida, si no dispusiéramos del valioso medio de que nos estamos ocupando: la evacuación.

El tiempo de tratamiento es también un factor de gran importancia: aquellos heridos cuya curación se sospecha va a ser rápida, también deben retenerse en el hospital para reintegrarse a la línea de combate, evitando el gasto y las molestias que la evacuación supone. Una vez establecida la necesidad de la evacuación y las condiciones que debe reunir el herido para considerarse como evacuable, vamos a exponer la organización y los medios con que contamos para realizar este fin.

Ni que decir tiene que respecto a este punto nos ha sucedido exactamente lo mismo que en la organización de todos los demás aspectos de la Sanidad Militar. En un principio, ni contábamos con medios y, seremos francos, ni siquiera teníamos idea de cómo íbamos a desempeñar la función que nos ordenaba la Jefatura de Sanidad Militar. Con unos autobuses viejos y hasta sin cristales, envueltos en mantas para resguardar a los heridos del intenso frío del invierno en la meseta castellana, procedimos a trasladar a primeros de noviembre los heridos a diversos puntos de Levante. Vistas las dificultades y los obstáculos sin fin, que nadie que no los haya pasado puede tener idea de la odisea que supusieron estas primeras evacuaciones, fulmos sobre la marcha solucionándonos hasta llegar a la organización actual de este servicio.

De los hospitales nos envían una relación de los heridos y enfermos evacuables, acompañada de fichas individuales donde constan todos los datos más interesantes, tanto de filiación como de antecedentes médicos del herido. Una vez en posesión de un cierto número de heridos, se procede por nuestras ambulancias y autobuses a su recogida de los diversos hospitales para el traslado a los diversos puntos de Levante donde han de terminar su curación.

De estas fichas, que se extienden por cuadruplicado, unas siguen con el enfermo hasta su punto de destino, con el fin de en todo momento poder conocer los antecedentes del enfermo y el tratamiento que con él se ha seguido. Otras fichas son archivadas en nuestra oficina para en todo momento poder informar sobre cualquiera de nuestros evacuados.

Periódicamente recibimos informes de los diversos hospitales de Levante adonde han sido evacuados los heridos, de su estado; informe que vertemos en las fichas para completar los datos con el curso de la enfermedad en el herido.

Mas no nos conformamos con esto. Se presentaba con frecuencia el caso de que enfermos sin hospitalización o milicianos declarados inútiles se encontraban en Madrid sin medios para resolver sus problemas fundamentales de vida, y creímos que éramos nosotros los llamados a resolver esta cuestión. Para ello montamos un servicio, que llamamos de evacuación libre. Acuden los enfermos o milicianos declarados presuntos inútiles a nuestra oficina, y de allí a la consulta médica, donde un compañero médico los reconoce para informarnos de si procede o no la evacuación solicitada.

Un servicio de información, con ficheros y personal adecuado, completa el servicio de esta Sección y contesta, tanto de palabra como por escrito, cuantas consultas referentes a los heroicos milicianos, que supieron dar valientemente su sangre por un mismo ideal, se nos dirigen.

## Una felicitación

Recibimos del Comisariado General de Guerra, Delegación de Madrid, Ministerio de la Guerra, Comisión de Propaganda, que edita el periódico "La Voz del Combatiente", la siguiente carta:

"Camarada director de NUESTRA SANIDAD.

Estimado camarada: Hemos recibido los cinco números del periódico que desde hoy lanzáis a la publicidad. Todo él nos ha parecido excelente, lleno de aciertos y de sanos propósitos, por lo que os felicitamos cordialmente. En nuestro número del día 17 de febrero copiamos dos de los artículos de vuestro primer ejemplar, y os ofrecemos para lo sucesivo las columnas de "La Voz del Combatiente" para dar publicidad a todos aquellos temas de interés sanitario que os interese difundir. Recogeremos también con singular satisfacción actos y conductas heroicas de cuantos abnegadamente cumplen servicios sanitarios en nuestro Ejército popular, para que sirva de emulación a todos.

Vuestros y de la causa, La Redacción."

## Redacción y Administración

Lista, 21  
Teléfono 60828  
20 cts.

# La salud del combatiente

Dada la índole netamente práctica de la publicación que por segunda vez se pone en contacto con el Ejército del pueblo, y que según nuestro propósito seguirá haciéndolo así mientras aquél nos preste el entusiasta concurso que ha dispensado al primer número, nos proponemos en ediciones sucesivas tratar los temas cuyo conocimiento sea de mayor utilidad al combatiente, para privarle de los peligros que ante su salud se ciernen constantemente en las trincheras.

Algunos de estos peligros pueden evitarse practicando las normas más elementales de higiene de que ya hemos comenzado a hablar en el número anterior, y que sirven para luchar contra las enfermedades parasitarias, como la sarna o las múltiples afecciones infecciosas que acechan como el más temible enemigo la salud del combatiente gracias a la posibilidad de un contagio, primera condición, y a la preparación del organismo debilitado y desgastado para recibir casi sin contrataque al microbio que acecha.

El contagio lo evitaremos conociendo aquellas reglas de higiene precisas que sucesivamente iremos detallando. En cuanto a que el cuerpo del victorioso combatiente esté en condiciones de defenderse contra la insistencia de la infección o de tener capacidad para conservar incólume su buen estado fisiológico, serán precisas las siguientes circunstancias que en todo momento ha de tener presentes y que representan esquemáticamente los pilares en que sustentan su salud intangible: la BUENA ALIMENTACION, es decir, abundante y adecuada, que mantenga la posibilidad de función al organismo humano; la GIMNASIA DIARIA O ENTRENAMIENTO, que constituye una adaptación del luchador en la realización del esfuerzo que exige el combate de una manera sucesiva y automática, y que le impulsa a adquirir en sí mismo una gran confianza y, por lo tanto, a ser más audaz y heroico en el campo de batalla, ya que estas condiciones no se adquieren de repente y de un modo fantástico, si no es sólo durante un momen-

to, que rara vez resulta de gran provecho; la ADMINISTRACION DEL ESFUERZO o regulación de la energía muscular y nerviosa al punto y hora de las necesidades máximas y mínimas mediante el cuidado de la inteligencia y de los nervios, que así responden adecuadamente con serenidad, con energía y sin miedo, que suele ser casi siempre de un origen de este tipo patológico y producto de la inexistencia de firmeza en el terreno que se pisa; y, finalmente, la INTERPRETACION DEL MAS LIGERO SINTOMA, como el dolor, la fiebre, la tos en el sentido de anuncio de una enfermedad próxima que viene a quebrantar la salud del combatiente. En estos casos es de urgente necesidad la petición de consejo documentado al médico del batallón, evitándose de un modo decidido otras indicaciones ignorantes que pueden conducir a mal término lo que comenzó de un modo banal.

Conociendo la importancia extraordinaria que este último asunto tiene con respecto a la conservación de la salud por parte del combatiente, es por lo que uno a uno se irán desarrollando los temas que hemos esquematizado anteriormente en nuestro periódico, intentando de este modo que el hombre, durante la lucha contra el fascismo y la barbarie, tenga toda su integridad física y moral y luego no quede mutilado e inservible por la enfermedad como tantas veces, y por desgracia, resta de esa misma manera por la metralla.

**Hay que depurar los cuadros del personal sanitario. No puede continuar por más tiempo el espectáculo de los sanitarios de retaguardia, gentes que con la insignia de Sanidad protegen su cobardía en las zonas distantes de los frentes. No más emboscados; no más protegidos. ¡Depuración!**



## Las enfermedades mentales y la guerra

Es muy general la creencia de que la guerra es causa de gran número de enfermedades mentales. En algunos tratados de Medicina y en determinados círculos médicos no especializados se insiste de manera "incontrolada", como se diría en lenguaje actual, sobre la influencia que la fatiga prolongada, las fuertes sacudidas sentimentales, el miedo sostenido y, en general, causas que pudiéramos llamar psíquicas, conducen a la producción de psicosis, esto es, de enfermedades psíquicas. Hasta qué punto es cierta esta afirmación es lo que vamos a tratar de dejar bien claro en este artículo.

Ante todo es indispensable establecer una división fundamental entre dos grandes grupos de alteraciones mentales: las llamadas «psicosis», que son verdaderas enfermedades mentales o «locuras», y las «neurosis», que más que como genuinas enfermedades podemos considerarlas como «alteraciones» del equilibrio psíquico que se provocan en individuos predispuestos por su constitución cuando se encuentran ante conflictos o situaciones a los que son incapaces de encontrar una recta solución normal.

Las «psicosis» tienen siempre una causa, o bien claramente establecida, como la sífilis, el alcohol, heridas o conmociones cerebrales, alteraciones en la circulación cerebral, las originadas por la senectud, etc., etc., o bien encuentran su origen en una predisposición heredada, es decir, transmitida familiarmente, ya por vía directa o colateral.

En las «neurosis» el individuo es siempre un predisuesto, un sujeto de constitución débil para la lucha por la existencia, en el que los mecanismos de reacción frente a los azares o dificultades de la vida diaria fallan constantemente, y que aun en la época de paz se crean verdaderos conflictos allí donde el normal ve, si acaso, sólo dificultades.

La guerra no puede originar en ningún caso verdaderas enfermedades mentales: ni psicosis ni neurosis. Tan sólo puede «provocar» estas últimas, o empeorar intensificando, si acaso, psicosis más o menos latentes o de sintomatología poco acentuada.

Las estadísticas recogidas durante la Gran Guerra europea dan absoluta conformidad a esta afirmación. La población manicomial de los países en guerra no aumentó el número de sus esquizofrénicos, de sus maníacos o de sus paralíticos generales. Hubo, sí, un incremento en la cifra de reacciones neuróticas con relación a la época de paz, y desde luego no sólo en la población militar, sino también en la civil.

El tipo clínico, o sean las manifestaciones externas de estas reacciones, varía mucho según la situación en que el sujeto se encuentra. Así, es muy diferente la observada entre el soldado que actúa en el frente del que está en la retaguardia y en el civil, según que viva en una ciudad cercana o alejada del campo de batalla.

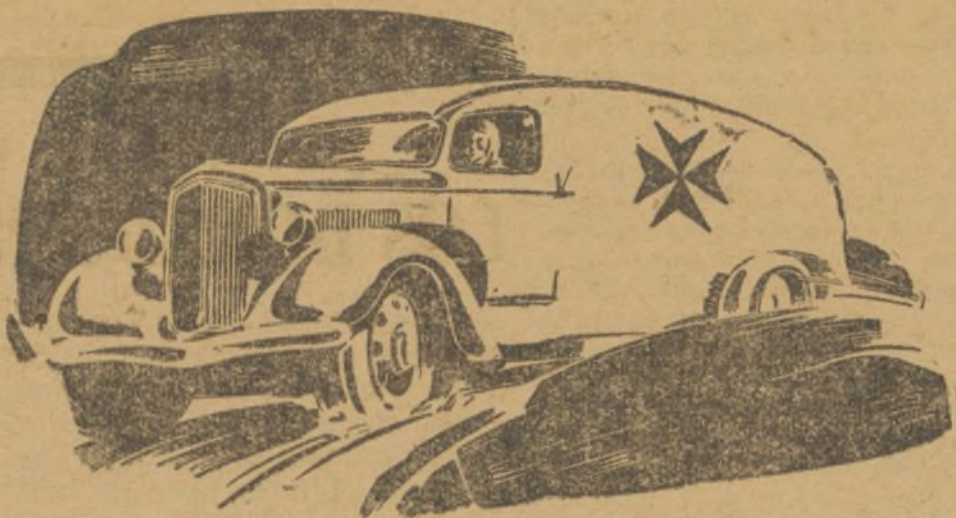
Las reacciones neuróticas del frente suelen ser muy aparatosas y de sintomatología muy teatralmente dramática, sin que este dramatismo aparente guarde relación alguna con la intensidad ni gravedad de la enfermedad. En cambio, pueden actuar de una manera francamente perniciosa

por la gran fuerza sugestiva que adquieren sobre otros individuos pusilánimes o simplemente impresionables. A tales sujetos enfermos hay que alejarlos inmediatamente de la trinchera o del parapeto, pues, sobre todo en momentos difíciles o comprometidos, el efecto desmoralizador que pueden provocar es posible de traducirse en reacciones colectivas de consecuencias fáciles de prever.

Afortunadamente, en la lucha que el pueblo español sostiene en estos momentos por su libertad y su independencia, estas reacciones en el frente se han dado en escasa proporción, habiendo sido relativamente más frecuentes entre la población civil, como consecuencia de las situaciones provocadas por la revolución. Los motivos son fácilmente comprensibles, pues el carácter de verdadero soldado popular que tiene nuestro miliciano, con el claro sentido del ideal y de las consecuencias de la lucha, opera una especie de selección espontánea, por lo que el pusilánime o el débil se elimina automáticamente de la lucha.

A las formas externas como se manifiestan estas reacciones psicógenas del frente dedicaremos el próximo artículo.

**Los que se hieren a sí mismos, los mutilados, son los cobardes, los traidores, los desertores, los facciosos en nuestras filas. Deben ser tratados como enemigos.**



## ¡Hay que cuidar el material!

Así se expresaba en un editorial un periódico nocturno de Madrid. Poca o muy poca atención han prestado muchos camaradas a esta consigna y principalmente los conductores de automóviles.

En todo Ejército moderno la parte motorizada es cuidada con gran esmero. La rapidez en el traslado de efectivos y material depende en gran parte del perfecto estado del material mecánico.

Todo esto es muy importante, especialmente la parte mecanizada de AMBULANCIAS, y muchos camaradas conductores que prestan sus servicios con aquéllas no se dan cuenta perfecta de ello, no tratan con el debido cariño el material, no se hacen cargo de que su

vida y la de los heridos dependen del buen estado del coche.

Todo COCHE, y muy especialmente las AMBULANCIAS, debe tener un conductor fijo, que sea responsable en todo momento de dicha ambulancia, la engrase y cuida para que sus servicios no estén a merced de AVERIAS RARAS.

Así como el miliciano engrasa y cuida su fusil y siempre lo tiene en disposición de ser útil, asimismo debe hacer el CONDUCTOR DE AMBULANCIAS, comprendiendo que si un fusil en el frente se estropea por falta de cuidado, sus consecuencias no son muy graves; pero ¿y si por falta de cuidado una ambulancia no puede prestar sus urgentes servicios? En este caso son quizá varias las vidas que peligran por faltarles una evacuación rápida.

Todo cuanto sobre este particular se diga es poco. ¡Cuidad, cuidad con el mayor esmero el material mecánico como algo propio; tened presente que todo derroche conduce a la ruina... y el material mecánico es muy difícil y enormemente caro de agenciar en estos momentos!

Revisad diariamente el material, corregid esas pequeñas averías, que luego se transforman en grandes.

Revisad DIARIAMENTE las ruedas; no rodéis con ellas BAJAS DE PRESION ni tampoco con EXCESO; los dos extremos son peligrosos para vuestra seguridad y la de los heridos.

Mucha atención a los frenos y a la dirección; tened en cuenta que los FRENZOS acortan la vida del material; no mover las direcciones ni maniobréis en PARADO.

Engrasad y cambiad el aceite con frecuencia; esto alarga la vida del material y ahorra reparaciones costosas.

Tened muy presente la escasez de repuestos y accesorios; pieza que por vuestra desidia se estropee es sumamente difícil de conseguir.

Procurad siempre hacer rápidas y seguras las evacuaciones; con eso conseguiréis la confianza de los heridos; no por esto convirtáis en BOLIDOS las ambulancias; tened presente que no por mucho correr... se llega antes.

## EL BATALLON DE GUMBINNEN (1)

DEL DIARIO DE UN MEDICO DE REGIMIENTO

(Del libro "Vor zwanzig Jahren". Leipzig, 1935)

Comenzaba a clarear el día 20 de agosto de 1914 cuando el primer batallón de mi regimiento de Infantería desplegó al Oeste de K., avanzó en dirección a N., después de pasar un río, y se dirigía hacia J.

A las seis treinta de la mañana caen los primeros heridos. Yo apenas podía seguir la marcha rápida del batallón con mi ambulancia; tuve que atravesar un terraplén del ferrocarril y vadear el río. El ruido de cañón en dirección Oeste se hacía cada vez más próximo y el tableteo de las ametralladoras más inmediato. Encuentro algunas ambulancias en medio del campo, alrededor de las cuales algunos médicos tratan de atender a los heridos que en medio del campo yacen gritando y jurando. En medio de un intenso tiro de ametralladoras, cerca de J., escojo una barraca como puesto sanitario, en la que coloco dos banderas de la Cruz Roja, y me dispongo con mi ayudante, el médico R., a entrar en intensa actividad. Poco después de las siete va llenándose la barraca con heridos de cuatro regimientos de Infantería, todos en estado de agotamiento, con la cara sucia de barro. Algunos heridos de vientre, con su característica expresión de angustia, acompañan a otros heridos con enormes destrozos de cara. Algunos respiran lastimosamente; la mayor parte están resignados, y los menos, algunos oficiales, conformes con su suerte, agradecen nuestros esfuerzos.

En la barraca hace un calor espantoso. Abundan los insectos de todas clases y no hay más agua en las proximidades que un abrevadero de vacas continuamente ocupado por los artilleros, que quieren dar de beber a sus caballos. Hacia las once hay ya más de 250 heridos graves en la barraca, que gritan de hambre y sed. No hay en los alrededores ninguna cocina de campaña, y para el agua sólo disponemos de un par de cubos, del que los heridos beben una agua turbia. Con mi médico ayudante y el sanitario, que de repente fué muerto por un tiro de cabeza en el puesto, intentamos hacer lo que nos pareció más urgente en favor de los heridos. ¿Podíamos hacer alguna otra cosa más que inyectar morfina a los heridos de vientre y colocarles un vendaje a los de cabeza con hernia de cerebro? Imposible pensar siquiera en tomar el nombre a los heridos, ni colocarles tarjeta sa-

nitaria alguna, salvo a los heridos muy graves, en el que les hacíamos una indicación especial. Nos choca las pocas hemorragias que teníamos que cortar, y solamente de vez en cuando hacíamos la anotación: «¡Cuidado! Vendaje compresivo colocado a tal y tal hora.»

Desde luego me doy cuenta de que mi primera misión es procurar evacuar el puesto sanitario, enviando hacia la retaguardia el mayor número de heridos posible, lo cual comienzo a hacer utilizando como jefes de la expedición a los suboficiales heridos leves. Pero, ¿adónde? ¿Dónde estará el puesto de Brigada más inmediato? Al jefe sanitario de la División no le he visto desde hace siete días, y ni del regimiento ni del batallón he recibido ninguna indicación que me oriente. ¿Qué poco se orientan los médicos de batallón!... Después de mucho buscar descubrimos hacia el Este, a unos dos mil metros de la retaguardia, un par de banderas de la Cruz Roja. Esto nos basta para empezar a desplazar a los que pueden andar. Con un par de carros que estaban en el patio intento trasladar a los heridos graves, engancharlos a dos caballos de tiro que encuentro. Incluso sobre un trineo elegante, en el que colocamos un colchón, logro colocar dos heridos graves, que tienen que hacer su viaje de esta manera con los inconvenientes de un camino duro lleno de piedras, en dirección Sur. Sólo dejé a los heridos de vientre y cabeza, a pesar de que el puesto sanitario cada vez está más bajo el fuego enemigo.

Entretanto, poco más allá del puesto sanitario colocan nuestras tropas unas baterías, que muy pronto son un buen objetivo de la Artillería enemiga, que apenas se encontraba más allá de ochocientos metros de distancia, como nos vinieron a decir unos prisioneros. Los heridos aumentan rápidamente hacia las dos y media de la tarde. A partir de las cuatro, algunas tropas nuestras pasan por delante del puesto en franca huida, algunos con fusil, muertos de cansancio, la mayoría sin armamento, y algunos caballos con oficiales muertos sobre las sillas. En todas las cercanías nadie se ocupa de dar una voz de mando ni de remitirnos indicación de ningún género. Cada momento podíamos ser copados por el enemigo. El fuego cada vez era más intenso. Entonces empecé a empaquetar el material, que metí en la ambulancia, rodeado de los heridos que podían marchar, y emprendimos el camino hacia G. por una zona enormemente batida por fuego de Artillería y fusil. Al mirar hacia atrás veo que ha comenzado a arder mi barraca, mi puesto sanitario. ¿Qué pasaría con mis heridos?

Ocho días más tarde, el día 27 de agosto, teníamos que empezar, en medio del fuego que destruyó la ciudad de B., la rápida requisación de medicamentos y material de cura en la farmacia del pueblo, porque si no, ¿de dónde? Nadie se había preocupado de reponernos el enorme material gastado...

(Continuará.)

Los amputados y heridos necesitados de reeducación deben evacuarse de Madrid.



# SANIDAD ÚNICA

Todos los compañeros, en los primeros momentos de la lucha que contra el fascismo mantenemos, hemos podido apreciar cómo se desenvolvían poco a poco los hospitales y servicios sanitarios de retaguardia y de los frentes.

Hace ya algún tiempo, los milicianos que al salir del parapeto caían alcanzados por las balas enemigas, eran asistidos por nosotros mismos, que soltábamos el fusil y nos convertíamos en sanitarios improvisados. El primer cuidado que recibían estos heridos era el cortar su hemorragia con nuestro pañuelo sucio, propio de la guerra, y lleno de microbios y bacilos infectantes. Este auxilio, llevado a cabo con todo nuestro corazón, venía a demostrar la falta de ayuda sanitaria en aquellos momentos, cuando quizá se estaba marchando de nuestras manos toda una juventud llena de entusiasmo heroico, y mientras otros, entre lágrimas, mirando su noble sangre vertida, decíamos: «¡Camarada, supiste morir como un héroe por un ideal! ¡Nosotros sabremos seguir tu ejemplo y te vengaremos!»

Hoy, afortunadamente, y para bien de todos, esta situación está perfectamente dominada, gracias a un plantel de camaradas que, dotado de una voluntad firme y fuerte como el acero, se han ocupado de crear hospitales, con sus correspondientes equipos, que funcionan cerca de donde caen heridos los valientes soldados de nuestro Ejército.

Nosotros, sin diferencias ideológicas ni regateos de ningún género, debemos sumarnos a aquel grupo de hombres, para que su labor sea cada vez más fructífera y contribuir de esta manera a crear la Sanidad. Teniendo en cuenta que los hechos vividos nos demuestran que la guerra se gana con mando único, también en Sanidad debe haber una penetración absoluta entre todos los que forman parte de los servicios sanitarios, y, sin perder un solo minuto de tiempo, debemos limar esas pequeñas asperezas que nos desvían; si, por el contrario, continuamos manteniéndolas, lejos de obtener un triunfo rápido, no lograremos sino contribuir al de nuestros enemigos, incurriendo en un grave delito, ya que en esta guerra, como en todas, ningún sanitario debe olvidar que la Sanidad es un arma tan eficaz y combativa como la que utilizan los milicianos en las trincheras. Todos los sanitarios deben tener en cuenta lo que se ventila en esta lucha titánica a vida o muerte, es decir, la creación de una sociedad justa y equitativa, donde no exista más la explotación del hombre por el hombre, y, una vez conquistada, disfrutaremos todos de ella por igual ya que todos supimos hacernos acreedores a sus beneficios.

Para que prácticamente logremos en lo futuro ver realizadas nuestras aspiraciones, nos encontramos en la necesidad imperiosa de aniquilar de una vez para siempre los sectarismos que se infiltran en nuestros cuadros sanitarios. ¿Cómo lograremos eliminar a estos enemigos que tratan de desvirtuar nuestra labor, baluarte de la revolución?

Con una sola Sanidad, y no olvidando que durante el período de la guerra esta Sanidad no es ni política ni sindical, sino que está dedicada exclusivamente a nuestros heridos; ellos deben encontrar en nosotros al verdadero sanitario y no al político.

No quiere esto decir que prescindamos de nuestros Sindicatos de nuestros partidos. No. Esto sería un error. Fuera de los hospitales podemos realizar una labor sindical o política. Ahora bien, el sanitario, tanto de retaguardia como de vanguardia, dedicará todas sus energías a nuestros caídos en la lucha.

Camaradas. Después de seis meses de lucha no debemos covinar ningún camino equivocado puesto que en un mañana no muy remoto los camaradas que están en los frentes se encontrarán en su perfecto derecho de pedir responsabilidades.

Con la Sanidad única, sin diferencias ideológicas, lograremos una fuerte disciplina moral, y con ella, la meta del triunfo, tan ansiada por todos nosotros.

# NUESTRA SANIDAD

editado por los servicios sanitarios del frente.

## EL FALSO HEROISMO LOS DONADORES DE SANGRE

Hace ya muchos años, cuando comenzó a practicarse con alguna frecuencia la transfusión de sangre, se rodeó al donador de una aureola de sacrificio que le hacía aparecer ante los ojos de sus compatriotas poco menos que como un gran héroe.

Hemos de decir, en primer término, que, en general, las personas sanas entre las que se eligen los donadores de sangre reciben realmente más beneficio que perjuicio con la extracción de esas cantidades limitadas de sangre que suele emplearse casi siempre en las extracciones. Mucho antes de esta campaña numerosos médicos hacíamos ver a los donadores de sangre que su acto no solamente no representaba ningún acto de heroísmo, sino que, por el contrario, deberían ser ellos los que pagasen el acto de la transfusión porque reciben un beneficio, si no igual que el herido o enfermo sangrante que lo necesitaba, si bastante importante para compensar las pequeñas molestias que lleva consigo el acto de la transfusión. Desde luego no podemos considerar como más héroe al que se deja extraer sangre para la transfusión que cualquier otro ciudadano que se deja hacer una punción venosa para la extracción de sangre. Al fin y al cabo, el que en un caso se extraiga diez o doce centímetros cúbicos (caso corriente en los análisis) o se extraiga una cantidad algo mayor, no representa en el fondo ninguna mayor categoría de heroicidad. Y todos sabemos que las extracciones de sangre son hoy una de las prácticas tan corrientes en la medicina, que si se hubiera de dar caracteres de héroes a los que la han sufrido, tendríamos realmente una humanidad heroica.

En el caso particular de los donadores de sangre con objeto de proporcionarla a nuestros heridos de la campaña actual por la defensa de la libertad y de la justicia, hemos de salir al paso con toda energía de una tendencia muy extendida que trata de crear para estos donadores de sangre situaciones de privilegio, que, desde luego, sobrepasa con mucho a lo que de ellos se exige.

El hecho de que un pacífico ciudadano, generalmente bien rollizo, pletórico en la mayor parte de los casos, ofrezca su sangre, es un hecho que debe tener poca importancia al lado de la realidad de que el miliciano a quien se la da ha derramado previamente mucha más en las trincheras, que realmente significa desde luego mucha mayor comodidad al dejársela transfundir con las precauciones que se llevan en un hospital, que llegar hasta las trincheras de los rebeldes, expuesto a que el enemigo, sin precaución alguna, le haga te-

ramar acaso toda la que tenga.

Los donadores de sangre, muchos de ellos jóvenes, intentan lograr con ello una exención del servicio militar; tratan continuamente de lograr un derecho a una alimentación abundante, cuando la población civil, delicada y enferma, con mayores necesidades alimenticias, carece de alimentos fundamentales. Y queremos decir de una vez para siempre que ninguno de estos servicios debe significar en lo más mínimo privilegio de ninguna clase. El reclamar un privilegio, bien para no ir a las trincheras, bien para una mejor alimentación, a cambio de dejarse sacar cada semana o cada quincena unos centímetros cúbicos de sangre, es tan absur-

do que no solamente quita al que lo solicita todo el valor de su acto, sino que representa una de las formas de emboscamiento, sobre las que nuestra Sanidad está dispuesta a combatir. No hay ningún acto heroico en dar una poca de sangre por un miliciano que la perdió toda en la primera línea de fuego. Es lógico que reconozcamos al mismo tiempo que los miles de hombres que se han ofrecido voluntariamente a este acto han cumplido un deber humanitario; pero hemos de recalcar esto: **NO HAN HECHO MAS QUE CUMPLIR CON UN DEBER**, el cual puede incluso, en buena ley, la sociedad actual reclamar la obligación de prestarle; pero de ninguna manera puede constituir un privilegio sobre el que basar la falta de prestación de servicios que la nación le reclama en cualquier otro terreno.



## Relación de los camaradas que contribuyen a la construcción de nuevas Ambulancias para nuestros hermanos del frente

	Pesetas		
Julio G. Recatero.....	150,00	Moltó .....	75,00
A. Fernández-Gómez.....	50,00	Francisco Pemga.....	25,00
J. Rodríguez.....	25,00	E. de Vicente y compañía .....	25,00
Agustín Ripoll.....	25,00	Hidalgo de Caviedes.....	25,00
Calixto Pérez.....	15,00	Luis Vega.....	25,00
Andrés Casas.....	50,00	Julio Pérez.....	30,00
A. Crispín.....	25,00	Encontradas en las ropas de milicianos muertos (sin identificar) de la Brigada El Campesino .....	20,00
J. Planelles.....	100,00	E. Reixa.....	100,00
Carlos Fernández.....	100,00	Rodríguez Soto.....	25,00
J. Gallas.....	25,00	F. Villalanda.....	25,00
José Mampaso.....	25,00	C. Falcó.....	25,00
M. Ruano.....	25,00	Benigno Gómez Jiménez.....	25,00
Eladio Fernández Cárdenas .....	25,00	Enrique Navarro.....	15,00
José Aragón .....	25,00	R. Navarro.....	25,00
Primitivo Cerezo.....	25,00	Valero Muñoz.....	35,00
Emilio Sanjuán.....	10,00	Fernández.....	100,00
Luis Prieto.....	25,00	A. Izquierdo.....	25,00
José P. de Ujeta.....	50,00	González Huecas.....	10,00
Pedregal .....	25,00	I. Gómara.....	25,00
Primera lista de la Brigada 44.....	700,00	I. Hernández.....	25,00
Santiago Martín.....	5,00	J. M. Madinaveitia.....	50,00
Ramón Vidal.....	25,00	Helbrun .....	100,00
M. Montes.....	25,00	Asín .....	10,00
Jiménez Púa.....	25,00	Miguel Ruiz.....	25,00
Fernando Ortiz.....	25,00		
O'Dubais .....	25,00		
Balk .....	20,00		
Lista núm. 4 del Batallón 2.º de 38 Brigada, entregada por Mampaso .....	237,50		
M. Ferreiro.....	25,00		
Irene Rodríguez.....	10,00		
José Manuel Fernández Gómez .....	25,00		
		Total.....	2.812,50

Hay que reivindicar para los camilleros, hombres valientes, serenos, fuertes y abnegados, héroes anónimos que son la base de la Sanidad Militar, todas las consideraciones y toda la estimación a que se hacen acreedores por su extraordinaria labor.

# NUESTRAS CONSIGNAS

1.ª Centralización en un solo mando de la nueva Sanidad, quedando todo el servicio sanitario relacionado directamente con la lucha; es decir, la asistencia sanitaria de los combatientes bajo la única dependencia de la Sanidad Militar.

2.ª Perfeccionamiento del servicio mediante su dotación de personal y material, de acuerdo con las necesidades de una guerra cruenta.

3.ª Mejoramiento y amplificación de parques, laboratorios y talleres, que aseguren una producción de material sanitario de todas clases en nuestro propio país, logrando la posible independencia del extranjero.

4.ª El control directo sobre las industrias sanitarias para el mejor servicio sanitario del combatiente.

## La cultura en los hospitales de Sanidad Militar

La República cuida con extraordinario cariño y por todos los medios (sin reparar en dispendios) de devolver la salud a los cuerpos heridos o maltrechos de nuestros héroes combatientes; pero no olvida tampoco el desarrollo de su espíritu.

Unas veces con alguna solemnidad externa y otras (acaso las más) sin ruido de ninguna clase, ha establecido y sigue estableciendo la JEFATURA DE SANIDAD MILITAR en todos sus hospitales lo que con frase feliz se ha calificado de «RINCONES DE CULTURA», remansos apacibles y saludables donde se restauran también las heridas del espíritu o se alumbran las inteligencias que yacían en la más completa inopia intelectual.

Las NORMAS GENERALES DE CULTURA EN LOS HOSPITALES MILITARES dictadas por esta Jefatura, y con arreglo a las cuales se trabaja hoy en todos ellos con el mayor entusiasmo por personal competente, procedente en su mayoría de las Escuelas nacionales de Madrid, tienden precisamente a eso: a que nuestros héroes combatientes hospitalizados salgan curados del cuerpo y sanos del alma, a que todo el personal subalterno a ellos dedicado ejerza con el máximo de dignidad posible (en lo que afecta a la cultura) la noble misión de servir a los enfermos con la alegría consciente del hombre inteligente, no con la torpeza o vacilación del analfabeto o semianalfabeto.

Todo esto se propone la Jefatura de Sanidad Militar con la creación en sus hospitales de los «Rincones de Cultura», y junto a ellos de aulas o clases para analfabetos que sean como salas de batalla donde se riñan los combates contra el obscurantismo, enemigo que quizá nos ha hecho más daño que el fascismo.